

VICENTE RIVA PALACIO

Nació en México, D. F., el 16 de octubre de 1832. Murió en Madrid, el 22 de noviembre de 1896.

Liberal distinguido, político, diplomático, escritor fecundo, poeta y periodista. Luchó con las armas y la pluma contra la intervención. Ocupó altos puestos, con gran honestidad. Fustigó mordazmente varias administraciones gubernamentales en *El Radical* y *El Ahuizote*. Fue Magistrado de la Suprema Corte y Ministro de Fomento. Falleció en España en el cumplimiento de una misión diplomática. Su libro de poemas con el seudónimo "Rosa Espino" titúlase *Flores del Alma*. Notables son sus narraciones *Los cuentos del General*.

Es autor del tomo II de *México a Través de los Siglos* (Período Colonial); obra que se debe a su iniciativa y dirección. Dirigió también la obra *El Libro Rojo*. Sus novelas al estilo de folletín más conocidas son: *Calvario y Tabor*, *Monja y Casada*, *Virgen y Mártir*. *Martín Garatuza*, *Los Piratas del Golfo*. Un libro de semblanzas literarias de sus contemporáneos es *Los Ceros* (1882).

Acerca de este distinguido hombre de letras tenemos los estudios de: Jesús Galindo y Villa, "Algunos Gregoriano Ilustres" en *Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal*, t. XVI, México, 1910; Juan B. Iguiniz en su *Bibliografía de novelistas mexicanos...*; del mismo Iguiniz y Nicolás León, *Ex-libris de bibliófilos mexicanos*, México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, sobretiro de Anales del Museo Nacional, 3a. ép. t. 5, p. 65-124.

Posterioros trabajos son los de: Juan Manuel Torrea, "Algunos aspectos de la vida militar y diplomática del general don Vicente Riva Palacio" *BSMGE*, T. XLVI, 1937, p. 43 y ss.; Clementina Díaz y de Ovando, quien prepara un trabajo fundamental acerca de Riva Palacio, ha adelantado un estudio: "Un gran literato liberal, Vicente Riva Palacio" en *AIIE*, VII, 27, p. 47-62.

Antonio Castro Leal ha hecho meritorio estudio de su obra novelesca al reeditar varias de sus novelas en la Colección de Escritores Mexicanos, números 18, 19, 20, 21, 25, 26, 33 y 34, publicada por Porrúa Hermanos, S. A.

Fuente: Vicente Riva Palacio. *México a través de los siglos*. 5 v. I *Historia Antigua y de la Conquista* por Alfredo Chavero. II *El Virreinato* por Vicente Riva Palacio. III *La Independencia* por Julio Zárate. IV *México Independiente* por Enrique Olavarría y Ferrari. V *La Reforma* por José María Vigil. México, Ballesia y Cía. Editores [1884-89]. II-381-387.

LA CONJURA DE MARTIN CORTES

Durante el gobierno de la Audiencia ocurrió el episodio más famoso en la historia de la dominación española en México, que ha prestado argumento a multitud de dramas, novelas y leyendas; que los cronistas han narrado de distintas maneras; que se conoce en la historia con el nombre de "la conjuración de los hijos de Hernán Cortés", y que fue la primera idea, el primer intento de independencia de las colonias, que concibieron y propagaron los hijos de los conquistadores de Nueva España.

En el año de 1563 volvió de la corte, en donde había hecho su educación y su carrera, a la ciudad de México don Martín Cortés, segundo marqués del Valle, hijo y sucesor del célebre don Hernando Cortés, conquistador de Nueva España. Don Martín llegó en compañía de dos de sus hermanos, don Martín y don Luis, ambos bastardos, pero legitimados por una bula del pontífice Clemente VII...

Llegó a México don Martín Cortés desplegando todo el gran lujo y ostentación que correspondía a su elevado rango, a sus grandes riquezas y a las costumbres fastuosas que había adquirido en la corte del emperador Carlos V con el ejemplo y trato de los nobles y espléndidos señores que rodeaban a tan poderoso monarca.

El marqués del Valle era dueño de los dos grandes palacios de Moctezuma, uno de los cuales ocupaba la Audiencia, de muchos solares en la ciudad, de los peñoles de Jico y Tepepulco, lugares de recreo, y señor de Oaxaca, de Mexicapa, de Cuilapan, de Coyoacán, de Cuernavaca, de Charo, de Toluca, de Tuxtla y de otras varias villas y pueblos, de las que no sólo percibía los tributos sino en las que nombraba gobernadores y jueces.

El palacio del marqués era casi el de un monarca; pajes y criados de todas clases ostentaban el sayo rojo guarnecido, que era la librea de la casa; asistía constantemente al marqués una lucida corte de amigos, entre los que se contaban los vecinos más principales de México; cuando él salía a pasear a caballo seguía un paje con celada en la cabeza llevando una lanza con la moharra enfundada y con las borlas de seda. Sentábanse en la iglesia él y la marquesa en grandes sitiales forrados de terciopelo, y si andaba a pie por las calles era rodeado de muchos amigos; y a tanto alcanzaron el respeto y los miramientos con que se le trataba, que cuantas personas

de distinción le encontraban, torciendo su camino, volvíanse para hacerle compañía hasta llegar a la puerta de su casa.

En los primeros meses de residencia en México estrechó amistades el marqués con el virrey don Luis de Velasco y con sus hijos don Francisco y don Luis; pero esta intimidad, que duró poco, principio fue de rencorosas hostilidades.

Orgullosa y altiva el marqués, delicado y celoso de su autoridad el virrey, la emulación principió a dividirles, dando fin a la amistad con dos incidentes que predispusieron terriblemente los ánimos. Para el despacho de sus negocios mandó hacer el marqués un sello de plata que tenía grabadas las armas de su casa, la corona de marqués y un lema que decía: MARTINUS CORTESUS, PRIMUS HUIUS NOMINIS DUX MARCHIO SECUNDUS, y que para el quinto y pago de los derechos fue llevado a los oficiales reales. A éstos les pareció que el sello era tan grande como el que usaba el rey y que la palabra Dux indicaba algo más que marqués y llevaron el sello al virrey; éste por la mala voluntad sin duda que tenía a don Martín, hizo gran mérito de aquello; formóse un proceso que se envió a la corte y Felipe II prohibió al marqués el uso del sello. La llegada del visitador Valderrama a México presentó ocasión a otra diferencia. El virrey invitó a muchos caballeros de la ciudad y entre ellos al marqués para acompañarle a Ixtapalapa a recibir a Valderrama; excusose el marqués, pero salió de la ciudad antes que el virrey encontrando primero al visitador, de manera que cuando Velasco se presentó, ya don Martín acompañaba a Valderrama. Disgustó profundamente a Velasco aquella conducta, y buscando algo con que humillar a don Martín, envióle sobre la marcha a decir, que yendo allí el estandarte real, hiciese apartar al paje que llevaba la lanza con el hierro cubierto con una funda, porque aquella era una insignia; el secretario Turcios dio el recado al marqués en alta voz; enteráronse de lo que pasaba muchas personas, y no era necesario tanto para encender el predispuesto ánimo de don Martín. Negóse fieramente a obsequiar la indicación del virrey; insistió éste agregando la amenaza de que se haría obedecer por la fuerza, y a punto estaba ya de convertirse aquella fiesta en un combate, cuando intervino Valderrama calmando y sosegando el alboroto.

Aposentóse el visitador en la casa del marqués del Valle y es de suponer que las ocasiones que aquel íntimo trato le presentaban las aprovecharía Cortés en prepararle contra Velasco; éste, por su parte, hacía entender que si Valderrama había

doblado los tributos señalados a los indios era debido a las instigaciones del marqués, y al mismo tiempo escribiría al rey diciéndole cuanto mal podía de la conducta de don Martín, y ponderando el número de vasallos que tenía y la cantidad de rentas que alcanzaba.

Llegaron así a formarse en la ciudad dos partidos, que sin una bandera aparente y manifiesta era, el uno, compuesto de amigos y parciales del marqués, y el otro de sus enemigos, que procuraban hostilizarle de todas maneras.

La conducta del marqués y de los suyos daba ocasión y pábulo a esas malas voluntades, porque él llegó hasta desarmar a una ronda que iba con el alcalde ordinario, Julián de Salazar, porque había quitado la espada a uno de sus criados; y sus parciales andaban con continuos disgustos y riñas con los que se apartaban de la costumbre de acompañarle cuando en la calle le encontraban.

Como siempre, estaban en la colonia desconfiados los encomenderos y temerosos de que a efecto se llevasen algunas de las olvidadas disposiciones de las *Nuevas Leyes* y don Martín Cortés desde su llegada a México procuró ganar para su partido a esos encomenderos, apareciendo como su favorecedor. Un día esparciöse en México la noticia de que había llegado a Veracruz un navío trayendo provisiones reales para que las encomiendas no pasaran a segunda vida, es decir, para que conforme a lo dispuesto en las *Nuevas Leyes*, muerto el encomendero, el repartimiento de que disfrutaba se incorporase a los bienes de la corona real. Aquella noticia sublevó los ánimos y volvieron a sentirse en México los disgustos, las desconfianzas y los temores que precedieron a la llegada de Tello de Sandoval, agravando aquella situación las circunstancias de que el virrey Velasco había muerto ya; la Audiencia gobernadora no tenía ni el prestigio, ni la energía suficientes para sofocar un tumulto, y vivían en México muchos capitanes y soldados de los que habían sido rebeldes en el Perú y que eran capaces de hacer en Nueva España lo mismo que habían hecho allá al lado de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal.

Entre los amigos del marqués del Valle distinguíase Alonso de Avila, hijo del conquistador Gil González de Avila, encomendero de Cuauhtitlán y Jaltócan en el obispado de México y de Zirandaro y Guayameo en el de Michoacán, joven, gallardo, valiente, galanteador y amigo de músicas, fiestas y bailes. Tenía Alonso de Avila un hermano de mayor edad,

encomendero de Ixmiquilpán, llamado Gil González, estimado por caballero muy principal, pero que asistía poco a las fiestas de la ciudad y vivía por lo común en el pueblo de su encomienda; y estos dos jóvenes fueron el centro de la mal pensada conjuración que comenzó a prepararse al llegar a México la noticia de que como resultado de los informes de don Luis de Velasco había vuelto a abrirse en el Consejo de Indias el pleito sobre recuento de los veintitrés mil vasallos del marqués del Valle, y que don Martín Cortés estaba citado para presentarse en la corte a contestar la petición relativa del fiscal del mismo Consejo.

La ocasión no podía ser más oportuna para intentar un alzamiento que tuviera todas las probabilidades de alcanzar un triunfo; los encomenderos, que formaban el nervio de la colonia, disgustados, temerosos y sobre todo cansados de estar a cada momento esperando que una cédula real despojara a sus hijos de la herencia que ellos tenían por tan bien ganada; el marqués del Valle herido en sus intereses y en su amor propio, ganando con tal contratiempo la confianza de los encomenderos, en virtud de esa seguridad que engendra en los parciales la comunidad de desgracia con el jefe; la Audiencia tímida, sin recursos y sin prestigio; los religiosos franciscanos, que era la más poderosa de las órdenes monásticas, unidos al marqués tanto por el cariño y servicios que debían a Hernán Cortés como por el empeño que don Martín había manifestado por defenderlos contra los ataques de sus enemigos; los indios profundamente irritados contra el gobierno del virrey, de quien nada habían alcanzado en sus quejas contra Valderrama, considerando al marqués, por el recuerdo de su padre, como el jefe nato de la Nueva España, y dispuestos a seguirle con facilidad; por último, una multitud de españoles que sin encomiendas, fincas ni destinos vagaban por los pueblos en acecho de ocasión para emprender algo, y que veían en una revuelta medio seguro y eficaz para alcanzar alguna ganancia.

Por otra parte la metrópoli no podía disponer de grandes recursos para reconquistar a Nueva España cuando en tiempos mejores no le fue posible reunir un ejército de tres mil hombres con qué sofocar la sublevación de Gonzalo Pizarro; las cajas reales, a causa de las continuas guerras en Europa, estaban agotadas a tal extremo que Felipe II mandaba a los virreyes que solicitaran préstamos en nombre de la corona, y comenzaba ya a echarse mano del ruinoso, perjudicial y co-

ruptor medio de vender oficios, creando algunos nuevos en las Indias para aumentar los productos de esas rentas; el estado de los espíritus en Europa distaba mucho de ser tranquilizador para el monarca español, y rugía ya cercana la poderosa tempestad que debía venir a estallar en Lepanto.

Seguramente la mayor parte de estas consideraciones no entraron en los cálculos de Alonso de Avila ni fueron parte a resolverle; pero no por eso dejaban de presentarse las circunstancias como apropiadas expresamente para aquel proyecto, nacido en el juvenil y exaltado cerebro de un mozo galanteador y afortunado.

Formaron el núcleo de la conjuración Alonso de Avila y su hermano Gil González de Avila, los dos hermanos don Baltazar y don Pedro de Quesada, Cristóbal de Oñate, llamado el joven, y el licenciado Espinosa de Ayala, clérigo racionero de la iglesia catedral.

Convencidos entre sí y después de haber hablado del asunto con el marqués, Avila salió de México a visitar sus encomiendas y luego, llamado por Espinosa, regresó; pero para llegar a la ciudad inventó una fiesta que realmente nada tuvo de política, pero a la que se dio después una siniestra interpretación y fue uno de los más terribles capítulos del proceso que se siguió contra los conjurados. Llegó Alonso de Avila un domingo en la noche, acompañado de veinticuatro amigos disfrazados con lujosos trajes de caciques, y él representando el papel de Moctezuma; apeáronse de sus caballos en la casa del marqués del Valle, a donde estaba ya todo preparado para recibirlos y en donde se encontraban para gozar de aquella fiesta el visitador Valderrama y muchas de las más distinguidas familias españolas de México.

El marqués, para contribuir a la diversión, vestía el traje de su padre don Hernando, y fingióse allí la entrada del conquistador a México, haciendo Alonso de Avila en su papel de Moteczuma grandes demostraciones de respeto y cariño a Hernán Cortés; todo eso en medio de las danzas de los improvisados caciques y de las damas españolas, al son de las músicas y entre los aplausos y los alegres vivas de los concurrentes.

Los caciques llevaban multitud de preciosos ramilletes de flores con versos y motes que repartían a los concurrentes; pero al llegar donde estaba la marquesa, Alonso de Avila se adelantó y con profunda reverencia le puso en la cabeza un *copilli*, guirnalda de plumas que usaban los monarcas mexi-

canos. Aquel acto de galantería y distinción a la noble señora fue recibido con el entusiasmo de la alegría de la concurrencia; uno de los presentes gritó como por donaire: ¡Tómate esa corona, marquesa! — expresión que se presentó después como prueba de las pretensiones del marqués a coronarse rey de México. Entre los motes y versos que en los ramilletes había, algunos se prestaban a interpretaciones políticas, pero eso sólo para quienes estaban en el secreto; como el que recibió el marqués que decía: “No temas la caída, pues es para mayor subida.”

Después de aquellas escenas, Avila y sus compañeros salieron a las calles llevando las músicas, despertando con el bullicio a los vecinos y cantando hasta que fue llegada la hora en que se les esperaba para la cena en la casa del marqués. La mesa estaba dispuesta al estilo de los aztecas, la vajilla era de finísimo barro de la encomienda de don Alonso, y todos los manjares los que acostumbraban servirse en sus fiestas y convites los naturales de la tierra.

Concluida la cena, en que todos estuvieron alegres y bulliciosos, volvió a salir a las calles la mascarada, llevando los jinetes hachones encendidos y fingiendo la guerra, arrojándose unos a otros *alcancias*, que eran unas esferas de barro huecas sin cocimiento secadas al sol y llenas de cintas, flores o dulces.

Aunque a esta fiesta se le dio después torcido significado, pretendiendo que había tenido por objeto “sondear los ánimos de los españoles y ver si se caminaba sobre terreno firme”, fueron la extrema suspicacia o el miedo los que tales cosas sugirieron a los oidores, porque don Pedro y don Baltasar de Quesada, ya en el patíbulo, en los momentos solemnes en que iban a ser decapitados, declararon, que injustamente se tenían presos a quienes habían concurrido a esa inocente farsa, que no tenía más objeto que la diversión y el pasatiempo, y aunque para los conjurados fuera la representación del alzamiento, esa noche ni se platicó de ello siquiera.

En la misma noche el visitador Valderrama recibió una denuncia de que con el pretexto de aquella mascarada iban a sublevarse algunos españoles; Valderrama no lo creyó, pero lo refirió al marqués y éste, para inspirar confianza, mandó armar a sus criados ofreciendo su apoyo al visitador, en el caso de un alboroto.

Por fin los conjurados convinieron en un plan para obrar: “Un viernes, día de acuerdo de gobernación, se dividirían en

pelotones de ocho a diez hombres bien armados con su capitán; un trozo se apoderaría de la puerta del acuerdo para impedir la entrada; otro entraría dentro de la sala de las armas para apoderarse de ellas; un tercero, penetrando en la Audiencia, mataría irremisiblemente a los oidores y al visitador; cuando éstos hubieran sucumbido, un hombre haría seña desde el corredor a otro hombre que estaría parado junto a la fuente del patio, y quien a su vez debía comunicarla al apostado en la salida para la plaza; éste movería una capa encarnada, a cuya vista el licenciado Espinosa daría dos campanadas con una de las campanas de la torre de la catedral, señal que serviría a las partidas derramadas por la ciudad, para dar muerte a don Luis y a don Francisco de Velasco, a los oficiales reales, y a todas las personas de quienes se temía se opusieran a la rebelión. Los cadáveres de los oidores se echarían a la plaza, custodiada por el marqués con el mayor número de gente que pudiera, a fin de convencer al pueblo de no haber ya justicia a quien acudir, y formándose allí una hoguera, se quemarían los papeles del archivo, para que no quedara nombre del rey de España. Como todos los que asistieron llevados por sus parientes y amigos, debían ignorarlo todo hasta el momento de presenciirlo, asombrados con la novedad del lance, se les decidiría definitivamente, dándoles una buena porción de dinero acopiado en las cajas para remitir a España: en el acto saldría don Luis Cortés con un escuadrón, para apoderarse de Veracruz, de Ulúa y de la flota dispuesta en aquellos días para marchar a la Península, evitando así saliera buque con la nueva del alzamiento; y Don Martín Cortés con gente de a caballo, la bastante, se edalantaría hasta Zacatecas y sus comarcas para reducir las ciudades del interior; la sujeción de Puebla de los Angeles quedaba a cargo de Francisco Reynoso, así como la de otros lugares y provincias estaban encomendadas a los diversos agentes y parciales con quienes contaba en sus ramificaciones de conjuración. El marqués sería proclamado rey llevándole al palacio con guarda competente de soldados: se convocaría a Cortes a los procuradores de las villas y ciudades, para que reconocieran y juraran al nuevo monarca, lo cual se pediría también a los prelados y caballeros. Don Juan o Alonso Chico de Molina, pues de ambos modos se le llama, deán de la iglesia catedral, marcharía a Roma con valiosos presentes a pedir al Santo Padre la investidura del reino, pasando de camino por Francia a cuyo rey haría también un re-

galo, pidiéndole paso por sus tierras para ir siempre a la ciudad santa, en cambio de lo cual se permitía el comercio de entrada al país de todas las naciones; al mismo tiempo el licenciado Espinosa en otro navío llegaría a Sanlúcar, de donde se trasladaría sigilosamente a Sevilla, para sacar de allí al primogénito del marqués, y tornando a embarcar, vendría a las islas con una carabela vacía, que cargada de vinos regresaría a Nueva España. El nuevo rey repartiría toda la tierra y nombrando condes y marqueses, pondría alrededor de su trono una nobleza indígena íntimamente ligada con la mexicana monarquía.”

El plan no podía estar mejor combinado, pero en casos semejantes el más acertado proyecto no vale nada si faltan la resolución, el valor y la audacia para la ejecución de lo convenido, que sin la dote del atrevimiento la más privilegiada inteligencia sirve de poco al hombre que se aventura en empresas semejantes. El marqués no tenía el temerario arrojo de su padre el Conquistador; cada día, con un nuevo pretexto, con una nueva excusa, detenía el ímpetu de sus partidarios sin comprender que una vez complicados en aquella arriesgada intriga en la tardanza estaba el peligro; la discreción de los conjurados era muy difícil a través de tantas semanas; la demora causaba desaliento; entre el pueblo se murmuraba ya el proyecto de revolución; las denuncias se multiplicaban en la Audiencia, y los odores, aunque tímidos, comenzaban a desconfiar y a tener en observación a los conjurados.

Alonso de Avila tenía en su casa reuniones en donde, con pretexto de jugar a los dados, a la pelota y a los naipes, se allegaban continuamente los conspiradores; y el deán y el canónigo Espinosa se empeñaban por obligar al marqués a resolverse y comprometerle a dar el golpe decisivo; pero todos los esfuerzos de los dos eclesiásticos y de los demás comprometidos se estrellaban en la timidez e irresolución de don Martín, y unos conjurados se retraían desalentados y otros, como Alonso de Avila, determinaban tomar por su cuenta el asunto, seguros de contar, a la hora del desenlace, con la eficaz cooperación del marqués; pero a principios del año de 1566, Avila cayó enfermo, y faltando él, la conspiración quedó casi olvidada.

Entre tanto el marqués del Valle, indigno de la confianza que en él ponían sus partidarios, incapaz de tener un rasgo de energía y de valor, y más a propósito por su carácter para frecuentar las antecámaras y los salones de un monarca que para

acaudillar una rebelión o proclamar la independencia de un reino, continuaba con asiduidad haciendo la corte a Valderrama. Concluyó éste su comisión y determinó regresar a España y entonces el marqués empeñóse a obligarle a permanecer en la colonia hasta la llegada del nuevo virrey, y ya estaba el visitador en Puebla, de camino para el puerto, y aún recibía cartas de don Martín en el mismo sentido.

Débil hasta el extremo el marqués del Valle, tenía miedo de sus amigos y del compromiso contraído con ellos y buscaba todos los medios para estorbarles en sus proyectos; al mismo tiempo acariciaba la idea de ser el monarca de Nueva España, y fluctuando entre tan encontrados sentimientos, presentábase cada día más irresoluto y vacilante con los suyos, y a falta del visitador Valderrama estrechó sus relaciones y extremó sus miramientos con los oidores.

Ya la Audiencia había tenido noticias de la conspiración, pero si alguna duda abrigaba quedó desvanecida el 5 de abril de 1566 en que por escrito y bajo su firma presentaron formal denuncia de ella don Luis de Velasco y Alonso y Agustín de Villanueva. Sin embargo, tan débiles y tímidos los oidores como el marqués, a pesar de aquella prueba, no se atrevieron a proceder pública y enérgicamente contra los acusados, con formándose con hacer averiguaciones secretas. Aún hubo más: cundió en el público la noticia de que la conjuración había sido descubierta y el miedo ganó el espíritu de algunos de los comprometidos, que juzgándose ya sin remedio, apelaron al infame arbitrio de buscar su salvación denunciando a sus cómplices y declarando a la Audiencia, antes de ser citados e interrogados, cuanto sabían de aquella malhadada empresa.

Todavía con estas pruebas nada dispusieron los oidores, y el marqués procuró sincerarse con ellos estrechando sus relaciones con Villalobos, uno de los tres que componían la Audiencia, y teniendo con él largas conferencias en las que el oidor, conociendo el carácter de don Martín, se empeñaba a su turno en engañarle, dándole seguridades de que nada creía de lo que relataban las denuncias.

Los acontecimientos parecían encadenarse a propósito para alentar a los conspiradores y perder al gobierno español. A la falta de acción y poca energía de la Audiencia que habían hecho recobrar la confianza y la osadía de los conspiradores, añadióse la llegada de unas cartas en las que el procurador de la ciudad Diego Ferrer avisaba, desde España, que el Consejo de Indias había declarado que no consentiría jamás en

la perpetuidad de los repartimientos y encomiendas, y prohibía se volviera a insistir más sobre aquél asunto. La noticia llenó de indignación a los encomenderos y puso el colmo al descontento de los vecinos españoles; públicamente y sin embozo se quejaban de la medida y se producían en duras expresiones contra el monarca y el Consejo de Indias; y a tal extremo de exaltación llegaron los ánimos, que una chispa, una palabra del marqués pudiera haber producido un incendio; pero él no se atrevía a pronunciarla y perdía el tiempo y la ocasión entretenido en cosas que no aprovechaban a la causa de los conjurados, y sí amontonaban nubes tempestuosas sobre la cabeza de don Martín y de sus amigos.

Administróse por esos mismos días el bautismo a dos mellizos que había tenido el marqués, y aquella ceremonia fue acompañada de una solemnidad y de un fausto verdaderamente regios. Sirvieron de padrinos Luis de Castilla y su mujer doña Juana de Sosa, llevaron a los niños a la iglesia don Carlos de Zúñiga y don Pedro de Luna, y echoles el agua bautismal el deán Chico de la Molina. Desde la casa del marqués hasta la puerta de la catedral púsose un ancho tablado, alto del suelo a la estatura de un hombre, con curiosas y ricas colgaduras y tapices para el paso de los padrinos y la comitiva, y adornaron a los lados del principal tablado, otros con banderas y enramadas los indios vasallos de Cortés. Saludó a los padrinos al salir y entrar a la casa una salva de artillería; hubo luego un torneo en el tablado en el que combatieron doce caballeros a pie; se dio convite al pueblo cuidando de que españoles y mexicanos tuvieran en sus mesas los vinos y manjares de sus respectivas naciones; formóse en la plaza, frente a la casa del marqués, un bosque donde se representó una cacería, soltando allí multitud de animales vivos, como venados, liebres, y conejos que los indios perseguían abatiéndolos con sus flechas. Juegos de sortija y de cañas, iluminaciones, cabalgatas con antorchas, músicas y serenatas, nada se omitió para hacer más brillante la fiesta y para ostentar más la riqueza y el poder del marqués del Valle y de sus amigos.

Pero debía ser el último día de regocijo y de contento para aquellos hombres que dejaron pasar la ocasión oportuna de levantarse. Aumentó la osadía de los conspiradores, y la Audiencia, comprendiendo lo inminente del peligro, se armó de resolución y se decidió al fin a reprimir tanto desorden, poniendo la mano en los conjurados. Pero temiendo todavía

al marqués, se valieron los oidores de una estratagema. Fin-gieron que había llegado un navío con importantísimas cartas de España, hicieron llegar la noticia por medio del licenciado Espinosa hasta el marqués, y éste, urgido por la curiosidad y satisfecho de que no se atreverían con él los oidores, entróse a la sala de acuerdos de la Audiencia la tarde del 16 de julio de 1566. No bien penetró en aquel recinto cuando gente armada y dispuesta con anticipación ocupó las puertas, y los oidores ofrecieron asiento al marqués en uno de los lugares destinados al público, ocupando ellos su respectivos sillones. Comenzaba ya don Martín a sospechar alguna novedad, y uno de los oidores dijo al presidente: —Mandad lo que deba hacerse. —Marqués, dijo Ceynos, sed preso por el rey. —¿Por qué tengo que ser preso?, preguntó sorprendido el marqués. —Por traidor a Su Majestad. —¡Mentís!, dijo don Martín indignado y poniendo mano al estoque. Yo no soy traidor ni los ha habido en mi linaje. Pero aquí debía detenerse su cólera, entregó sus armas y fue conducido preso a un aposento de las casas reales.

En la misma tarde fueron aprehendidos don Martín y don Luis Cortés y llevados a las casas reales, y a la cárcel pública Alonso y Gil González de Avila; el deán Chico de la Molina quedó preso en el arzobispado y al siguiente día fueron detenidos en sus casas, bajo pena de muerte, una multitud de personas de las más notables y distinguidas en la ciudad.

La Audiencia, que temía dar el primer paso, mirando cuán poca resistencia había encontrado, cobró ánimo y los oidores convirtiéronse de tímidos y medrosos en déspotas y vengativos. Formóse precipitadamente el proceso de los hermanos Avila; confiscáronse sus bienes, y sin darles ni el tiempo necesario para defenderse, fueron condenados a la penta capital, mandándose demoler sus casas, sembrar de sal el terreno y plantar allí un padrón de infamia.

El día 3 de agosto a las siete de la noche fueron sacados de la prisión para el patíbulo, caballeros en sendas mulas, los dos hermanos. Alonso de Avila vestía traje negro, turca parda, gorra de terciopelo con pluma negra y una cadena de oro al cuello; su hermano Gil González llevaba un traje de color pardo.

Frente a las casas del ayuntamiento, que en México llaman diputación, levantábase el cadalso cubierto de paños negros, iluminado por la roja y trémula luz de algunas hachas de viento; los dos hermanos subieron las escaleras del patíbulo

ayudados por algunos religiosos que les acompañaban y rezaban con ellos; allí, en pie sobre el cadalso, Alonso de Avila confesó ser cierto el delito de que le habían acusado; y en seguida el verdugo derribó las cabezas de los dos hermanos. El pueblo, desde la plaza y entre las sombras de la noche, contempló horrorizado aquel espectáculo sangriento, y un encomendero, Antonio Ruiz de Castañeda, levantándose sobre los estribos de la silla de su caballo y mesándose las barbas, "juró vengar aquella muerte"; pero estas palabras imprudentes le valieron presto un proceso.

Los cuerpos de los dos ajusticiados fueron llevados a sepultar a la iglesia de San Agustín; las cabezas se pusieron en escarpías en la diputación, pero el ayuntamiento reclamó alegando que era una afrenta que no merecía la ciudad y pidiendo se quitasen de allí; accedió la Audiencia, las cabezas fueron puestas en la picota y después llevadas a sepultar a San Agustín.

Doloroso y profundo sentimiento causó en México la ejecución de los hermanos Avila, de los cuales Alonso no contaba más de veinticinco años y Gil González veintiséis, y más lo exacerbaba la creencia general entre el pueblo que éste último había muerto inocente sin tener otra culpa en la conjuración que su fraternal condescendencia con Alonso. Pero por más simpáticas que aparezcan las figuras de estas nobles víctimas, la historia no las ha contado nunca en el número de los mártires de la independencia de México, porque el móvil que les impulsó en aquella empresa, para ellos tan funesta, no fue el anhelo para la libertad de un pueblo, sino el intento de hacer un monarca del marqués del Valle y el interés de repartir a perpetuidad entre los encomenderos a los desgraciados naturales de la tierra.